

# La Coruña de mi juventud

## Recuerdos de la Guerra Civil y la postguerra

JAVIER ALVAJAR LÓPEZ\*

**E**n los primeros días de la sublevación militar subía a nuestra casa el Doctor Cuñarro, viejo militante socialista que vivía en el piso 1º de la casa nº 21 de la calle de Panaderas, de la que nosotros ocupábamos el 2º piso, para oír las noticias que daba Radio Madrid de lo que acontecía en España. Al escuchar que la situación estaba dominada por las fuerzas leales al Gobierno en todas las grandes capitales de provincia, como Barcelona, Madrid, Valencia, además de casi toda Andalucía y todo el Norte de España, desde Asturias al País Vasco, nos dio ánimos y predijo el triunfo del Gobierno en un breve plazo. El Doctor Cuñarro, lo mismo que mi hermana y yo, ignoraba los apoyos internacionales con los cuales contaban los sublevados y la cobardía de que iban a hacer gala las grandes democracias, que se limitaron a crear un Comité de No Intervención en la Guerra de España, que respetaron a rajatabla, mientras los alemanes y los italianos intervenían en la guerra descaradamente.

El relato de lo que fue mi vida durante la Guerra Civil, hasta que me pasé al Ejército Republicano, va a ir salpicado de testimonios de gentes que conocí en el exilio y que participaron en hechos que ocurrieron antes de mi llegada a las filas del Ejército Leal, hecho que tuvo lugar varias semanas antes de finalizar la guerra y que paso a explicar seguidamente por qué no fue antes.

Mi quinta (la de 1941) fue movilizada por trimestres a medida que, los llegados a filas, íbamos cumpliendo los 18 años. De ahí el sobrenombre que le pusieron: "Quinta del Biberón". Fui movilizado los primeros días del mes de julio de 1938 y hasta principios de febrero de 1939 no ocupamos posiciones en primera línea, pues directamente de La Coruña nos llevaron a un monte enfrente de Toledo a prepararnos para la guerra. Luego nos trasladaron al pueblo de Cabezón de Pisuerga, cerca de Valladolid, donde seguimos preparándonos. De allí fuimos a Villarreal, en la provincia de Castellón, donde solicité ir al frente cuando el teniente que mandaba la compañía pidió voluntarios para cubrir bajas que habían tenido otras unidades que estaban en primera línea. Al dar el paso adelante, el teniente me dijo textualmente: Usted no, Alvajar, lo necesitamos aquí.

En Villarreal yo ayudaba a un alférez gallego en la escuela que había organizado para enseñar a leer a los analfabetos del Regimiento, que eran, en aquel entonces, muchos.

De Villarreal fuimos a una posición, casi en tercera línea, llamada "El Barranco de San Antonio". De allí a una playa cerca de Burriana (Castellón) y de la playa, al fin, a la Sierra de Espadán, a primera línea. El teniente me mandó a la avanzadilla con mi escuadra (era ya cabo) y al amanecer montamos juntos las ametralladoras y los morteros según su criterio, pues me dio una larga explicación de por donde podían atacar los rojos, como el llamaba a los leales, e incluso me mostró lo que él creía era la avanzadilla del enemigo. Tomé buena nota de todo y decidí pasarme por allí cinco días más tarde. Ahora explico el por qué de esa decisión.

\* Javier Alvajar López fue delegado del "Consello de Galiza" en Europa, secretario del Ministerio de Información, Propaganda y Archivos del Gobierno Republicano Español en el Exilio, ... y Alcalde de Carral.

En la avanzadilla éramos cinco cabos con sus correspondientes escuadras. A cada uno le correspondían dos horas de guardia cada noche y el primero tenía que montar las escuchas, es decir: poner centinelas delante de los parapetos para que estos vigilasen y ante el menor ruido lanzasen una bomba de mano que advirtiese a los demás y volvieran corriendo a guarecerse al parapeto. Pues bien, a mí, como cabo más joven (los otros eran veteranos) me tocó la última guardia la primera noche. Por lo tanto, me correspondía montar las escuchas el quinto día de estancia en la posición. Dejándolas sin montar me aseguraba una gran ventaja que me permitiría llegar a las filas republicanas antes de que se dieran cuenta de mi ausencia. Así lo hice y me salió muy bien. Pero luego hablaremos de ello. Ahora, las razones que tenía para pasarme:

1ª.- Mis ideas políticas.

2ª.- Las ganas de luchar al lado de mis compañeros en el supuesto de que defendieran Madrid y la zona levantina hasta que estallara la Segunda Guerra Mundial que ya estaba próxima, a mi entender, por las agresiones que venían haciendo los nazis a los pueblos vecinos, y

3ª.- Estaba seguro de que en las filas de los rebeldes había muchos republicanos, socialistas, comunistas y anarquistas que, llegado ese momento, se pasarían igual que yo lo hice y que aun, de esa manera, podíamos ganar la guerra.

\*\*\*

Pero dejemos este tema para luego y hablemos de lo que fue mi vida hasta el momento en que me movilizaron.

Al regresar de Teixeira me encontré con que a mi hermana Ana María le habían cortado la luz eléctrica y el gas (en La Coruña había en aquellos tiempos una fábrica que suministraba gas directamente a las casas). La Comida se la traía todas las mañanas la que fuera niñera de mi padre, Jenara. Nos alumbrábamos con dos viejos candelabros de petróleo que pertenecían a mi abuela materna y que eran verdaderas maravillas de porcelana.

Recuerdo que una tarde, ya casi noche, llamaron a nuestra puerta y salí a abrirla yo con el correspondiente candelabro. Los visitantes eran el primo carnal de mi padre, Don David Fernández Diéguez y otro señor de su misma edad. Al ver a mi tío, pensé que al fin alguien de la familia venía a vernos para ocuparse de nosotros. Cuando me preguntaron si nuestra casa era el Colegio que había en el tercer piso y decirles yo que allí vivía César Alvajar Diéguez, salieron los dos escaleras arriba como almas que lleva el diablo. No me pesó en esos momentos que una noche me dejara convencer por Eugenio Carré y B. D. V. que pintaron con grandes letras y en lo alto de las escaleras de Instituto un letrero que decía simplemente "Abajo David".

Este señor, a pesar de su religiosidad, pues había hecho voto de castidad después de tener un hijo que, según él, había ofrecido a Dios haciéndolo jesuita, no vaciló en hacerse "Caballero de La Coruña" que era un grupo de personas mayores que, armadas, hacían los servicios propios de la retaguardia como, por ejemplo, vigilancia en los Centros Oficiales, etc, uniformados con un mono de trabajo azul.

Luego tuvimos que vender los muebles y las ropas de cama, conservar algunas cosas de valor en casas de amigos y enviar los libros de mi padre a casa de mi tío Antonio, la mitad, y la otra mitad a un depósito de muebles que yo nunca supe donde estaba porque lo buscó mi hermana Ana María. Los cuadros también los distribuyó mi hermana entre sus amigos. Yo recuperé alguno cuando me acogí al indulto que promulgó el franquismo cuando se terminó la Segunda Guerra Mundial, ante el temor que les entró a sus gobernantes que se veían ya desplazados del poder por los aliados.

Nos fuimos a vivir con un buen amigo de mi padre, que se llamaba Luis Pazos, y su familia, compuesta por su esposa, sus suegros y dos cuñados, a la calle de la Primavera. Allí resistimos un par de meses, hasta que se enteraron "las buenas gentes" de La Coruña y dejaron sin trabajo a Luis Pazos que era simplemente inspector de consumos. Yo todavía creo que lo hicieron por tenernos a nosotros en su casa, pues, al movilizar su quinta en 1938, le reconocieron el grado de sargento que había tenido en la Legión y en 1946, cuando yo me acogí al indulto antes citado, ya estaba repuesto en su cargo.

En vista de las circunstancias, mi hermana se fue a vivir con la niñera de mi padre y yo me incorporé a la familia de mi tío Antonio, cesado ya de su cargo en el Ayuntamiento y en cuya casa vivía ya mi tío Ramón, paralítico de nacimiento, la esposa de mi tío y cuatro hijos.

Allí resité, mal que bien, hasta que me movilizaron, siguiendo por la radio de Madrid las alternativas de la guerra.

Como dato curioso diré que todas las noches, a la hora del parte de guerra, subía el vecino del 2º piso, Enrique, un asturiano de Avilés, al que le cogiera el Movimiento en La Coruña y Don Pedro Iglesias Corral, yerno de Rosalía de Castro, pues era el esposo de Doña Gala, su hija.

Don Pedro, que era muy buen amigo de mi padre, además de ser un buen liberal, era un gran matemático, que, por otra parte, escribía sobre muy diversos temas. Yo recuerdo todavía el título de un libro suyo por el sugerente tema del que trataba. Debo decir que el ejemplar que recibió mi padre, dedicado cariñosamente, me lo leí en su día y el título era: *Cristóbal Colón. español por Galicia y gallego por Pontevedra*.

Seguíamos la guerra en unos inmensos planos por provincias que me había regalado una vecina, ya cuando vivíamos en la calle de Puerta de Aires, cuando se murió su hermano Luis, que era inspector de policía. Esta vecina se llamaba Victoria Casal, era violinista y, cuando se fundó la Orquesta Filarmónica de La Coruña, con mi hermana Ana María, eran las únicas mujeres que actuaban en dicha Orquesta.

\*\*\*

Pasemos ya a otro tema: lo que ocurrió en La Coruña los días del Alzamiento; cómo se fraguó; y quienes intervinieron directamente en él.

Hay un libro, escrito por el canónigo M. Silva Ferreiro, editado en Santiago de Compostela por la Imprenta y Enc. del Seminario Conciliar en los primeros meses de 1938 que les recomiendo a los historiadores, pues narra, como si estuviera presente, hasta la conversación que mantuvieron los militares rebeldes con el general Caridad Pita antes de hacerle prisionero. Lo mismo, con toda clase de detalles, lo ocurrido en Ferrol. Casi voy a no dar ningún nombre para no herir a los descendientes, alguno de los cuales son amigos míos y no quiero que se sientan culpables.

El Sr. Silva Ferreiro, quizás horrorizado por lo que había escrito, retiró él mismo de la circulación semejante engendro. En él recorre toda Galicia justificando el Alzamiento. Como dicen que para muestra basta un botón, copio las primeras llamadas a pie de página que figuran en dicha obra. Empezaremos por la nota nº 9 que corresponde a la introducción del libro. Dice textualmente:

"Destierro del más alto representante de la Iglesia Católica; supresión del presupuesto de Culto y Clero; prohibición de procesiones y entierros católicos; eliminación del toque de campanas; expulsión del Santo Crucifijo de los locales escolares; prohibición de la enseñanza a las congregaciones religiosas; clausura de colegios católicos e incautación de sus bienes;

instauración del divorcio y matrimonio civil, como único válido; conversión de escuelas en antros de corrupción; protección oficial a la pornografía más desvergonzada, etc. etc."

Esta nota explica, sin comentario alguno, el odio que, salvo contadas excepciones, sentía el clero hacia la República. Olvida el Sr. Silva Ferreiro que el Cardenal Segura, al que en la nota se refiere como el más alto representante de la Iglesia, antes de ser expulsado y en numerosas ocasiones, dijo que no pensaba acatar las leyes republicanas. Además ignora el Sr Silva que en el Gobierno Republicano había dos Ministros católicos, apostólicos y romanos: el propio Presidente del Gobierno y el Ministro de la Gobernación, señores Alcalá Zamora y Maura (Miguel) y que fue éste último el que se vio obligado a proceder a la expulsión del Prelado.

En lo que se refiere al Cristo en las Escuelas, es cierto, pero en ningún país europeo se ponía.

El resto de la nota es completamente falsa, salvo la prohibición de las procesiones, poniéndonos en ese caso, a la par del resto de los países.

En La Coruña siguieron con su escuela los Hermanos Maristas y la Gran Obra de Atocha siguió funcionando como de costumbre.

En la pág. 25 de su libro hay tres notas de las que copio dos. En una se refiere el Sr. Silva a "los de la lejía", así, entre comillas, y dice:

"Famosos revolucionarios, familia de abolengo socialista, matones de profesión. Tenían una escuela mixta que era un antro de perversión."

Salvo lo de la "familia de abolengo socialista", todo falso. Tuvieron que defenderse, en ocasiones, de los ataques de los pistoleros pagados por Falange. Olvida el Sr. Silva lo de la "dialéctica del puño y de las pistolas" de José Antonio Primo de Rivera.

En la tercera de las notas, al referirse a la Agrupación Republicana Femenina, dice lo siguiente:

"En esta labor tomó parte muy activa, la chusma de mujeres pertenecientes al Centro Femenino Republicano de La Coruña."

No pude reírme más al pensar en lo que dirían, si vivieran aun, mi madre, Presidenta de la Agrupación, Doña Matilde Fraga, esposa de Don Arturo Taracido, la esposa de Don Manuel Insua (de la importante firma *Insua y Vizoso*), las señoras de Jesús y Antonio Mejuto. Y entre las que creo que viven: la esposa de Miguel González Garcés y la del abogado Miguel García Rama y una larga lista de verdaderas señoras que nada tenían en común con la "chusma" de que habla el Sr. Silva.

Para colmo, este Sr. Silva nada dice de los fusilamientos (asesinatos) de los Generales Salcedo y Caridad Pita, del Almirante Azarola en Ferrol, ni de ningún otro ciudadano, con lo que la obra queda invalidada por ocultar (o tratar de ocultar) los crímenes de los que él ensalza como héroes.

En otra de sus notas llama "sanguinario" a Casares Quiroga. Casares, que tenía sus defectos como todos los mortales, no fue nunca un "sanguinario" y a su pusilanimidad deben los militares su triunfo. Incluso D. José Calvo Sotelo reconoce que Casares no era un sanguinario cuando, en pleno Congreso dijo de él que era "un señorito de la Calle Real de La Coruña" ¡Claro está que lo era!

Para el Sr. Silva en Galicia no ocurrió nada y los miles de asesinatos cometidos por "los buenos" no existieron. Me explico perfectamente el por qué de la retirada del libro.

La Iglesia Católica, en su inmensa mayoría, estuvo siempre en contra de la República. Valen, como ejemplos, los libros *La Iglesia contra la República Española*, publicado por un grupo de amigos del sacerdote y profesor José M<sup>a</sup> Lloréns; los cuatro tomos del, también sacerdote, Larrañaga, titulados *El clero vasco y la Cruzada de Franco*; el publicado por el canónigo Alberto Onaindía (el Padre Olaso de las charlas de Radio París), *Hombre de paz en la Guerra*; el horrible relato de lo ocurrido en Navarra, descrito por el Doctor en Sagrada Teología, ex-profesor y prefecto de Disciplina del Seminario Conciliar de Pamplona y también sacerdote Mariano Ayerra en su libro *No me avergoncé del Evangelio*, y tantos otros cuya numeración no cabe en los términos de este corto trabajo. En este último cuenta el autor cómo las "damas de Pamplona" iban a presenciar las ejecuciones de los "rojos" antes de asistir a la primera misa y comulgar. Este hecho lo relata también José Luis de Vilallonga en una novela autobiográfica que publicó en Francia en la que cuenta que su padre lo hizo regresar a España desde Biarritz, donde estaba estudiando, para que participara en la "Cruzada" y cómo, para que se fuera "entrenando", le obligó a formar parte de un pelotón de ejecución. Narra el asombro de las "damas" al presenciar la entereza con que moría uno de los muchos sacerdotes vascos fusilado por los franquistas.

Mi salida al exilio, cuando vivíamos bien en Ponferrada (yo era gerente de una mina de wolfram y por eso me pagaban un buen salario) se debe al hecho siguiente:

El 13 de abril (año 1948) se personó en la mina un sargento de la Guardia Civil, acompañado de dos guardias. Traía una larga lista con nombres de obreros, que yo mismo fui avisando, para que bajaran del tajo y se presentaran al sargento. Cuando todos estuvieron reunidos, me dijo que mi nombre figuraba en su lista y que tenía órdenes de llevarnos a todos a la cárcel para que allí pasáramos el día 14, aniversario de la proclamación de la República, pero que en mi caso iba a hacer una excepción si yo le prometía no salir de casa durante todo el día. Se lo prometí y se llevó solamente a los obreros, los cuales, a partir de ese día, empezaron a considerarme como uno de los suyos.

En la zona (los Barrios de Salas y pueblos vecinos) venían actuando guerrillas que traían en jaque a las autoridades, hasta el punto de que éstas crearon una unidad especial con sede en Ponferrada y al mando del Comandante Arrecibita, para perseguirlos y eliminarlos.

En 1948 tuve que ir a Valencia en dos ocasiones, la primera para prestar declaración ante un juez y la segunda para comparecer al Consejo de Guerra Ordinario, que en aquella capital se celebró contra mí, como se demuestra en la Orden de la Plaza del día 25 de noviembre de ese año, que reproducimos.

Hubo al final del Consejo de Guerra, un diálogo entre el Presidente del Tribunal, mi abogado defensor y yo mismo, que se desarrolló como sigue:

El Presidente: ¿Tiene algo que alegar el acusado?

Yo: Nada.

El Presidente: ¿El acusado se acuerda de su padre?

Yo: ¡Naturalmente!

El Presidente: ¿Sabe el acusado los cargos que ejerció su padre en el Frente Popular?

Yo: Sí, lo sé.

El Presidente: ¿Y sabe a lo que se dedica su padre en el exilio?

En ese punto se levantó mi abogado defensor y dijo: Protesto, Señor Presidente, estamos juzgando a mi defendido, no a su padre.

El Presidente dijo escuetamente: Usted -dirigiéndose al defensor- se calla y se sienta.

El pobre del defensor se limitó a decir: A sus órdenes.

# GOBIERNO MILITAR DE VALENCIA DEL CID

Jueves 25 de Noviembre de 1948

Capitanía General de la 3.ª Región Militar  
y Cuerpo Ejército del Tula n.º III

Estado Mayor

Orden General correspondiente al día 24 de noviembre de 1948 en Valencia del Cid

Artículo único.—El Excmo. Sr. Ministro del Ejército ha concedido permiso para que si las necesidades del servicio lo permiten puedan reunirse en Guadalajara el día 11 de Diciembre próximo los Jefes del Arma de Ingenieros y C. I. A. E. Rama Construcción, que ingresaron en la Academia el año 1923 o fueron promovidos a Tenientes el año 1928, con el fin de celebrar el XXV aniversario de su ingreso en la Academia, concediéndoles pasaporte por cuenta del Estado sin derecho a dietas.

Lo que de orden de S. E. se publica en la General de este día para conocimiento.

B GENERAL JEFE DE E. M.

Firmado: MARTIN VALLEJO NAJERA (Rubricado)

## Orden de la Plaza del día 25 de Noviembre de 1948

Art. 1.º—El próximo día 27 del actual, a las 11 horas y en el local del Regto. de Inf.ª Guadalajara n.º 20, destinado al efecto, se constituirá el Consejo de Guerra ordinario, para ver y fallar el sumarisimo n.º 1221-V-39, instruido por el Juzgado Militar n.º 30 de esta Plaza, contra Francisco Javier Álvarez López por el supuesto delito de desertión.

Presidente: Tte. Coronel del Regto. de Cab.ª Cazadores de Lusitania n.º 8, D. Santiago Peláez Espada.

Vocales: Capitanes, D. Pedro Olier Huguet del Regto. de Inf.ª Guadalajara n.º 20, D. José Soto Garaia de la Caja de Recluta n.º 28 y D. Julián de la Riva Bastos del Regto. de Caballería Lusitania n.º 8.

Vocal Ponente: Capitán Auditor D. Enrique Reyna Perales.

Vocales suplentes: Capitanes, D. David Serna Antón del Regto. de Cab.ª Lusitania n.º 8 y don José Villarreal González del Regto. de Inf.ª Guadalajara n.º 20.

Fiscal: Capitán D. Antonio de Vicente Bernal de la Caja de Recluta n.º 28.

Defensor: Teniente del Regto. de Art.ª n.º 43 D. Agapito Rodríguez Nicolás.

Art. 2.º—El próximo día 30 del actual, a las 10 horas y en el local del Regto. de Inf.ª Guadalajara n.º 20, destinado al efecto, se constituirá el Consejo de Guerra ordinario, para ver y fallar el sumarisimo n.º 714-V-46, instruido por el Juzgado Militar Permanente n.º 2-B de esta Plaza, contra Francisco Garrigós García y 17 más por el delito de organización comunista y propaganda subversiva.

Presidente: Tte. Coronel del Regto. de Art.ª n.º 43, D. Ramón Viñals y de Font

Vocal ponente: Comte. Auditor D. Manuel Urbola y Sáenz de Tejada.

Vocales: Capitanes, D. Juan Ortiz Carrizo de la Zona de Reclutamiento y Movilización n.º 17, D. Angel Peláez Valladares del Regto. de Inf.ª Guadalajara n.º 20 y D. Antonio Pozuelo G. Avellaneda del 3.º Grupo de Automóviles.

Vocales suplentes: Capitanes, D. Raimundo Panca García del Regto. de Inf.ª España n.º 18 y D. Jacinto Rodríguez Guisado del 3.º Grupo de Automóviles.

Fiscal: el Jurídico Militar de la Región o su legal representante.

Defensor: Capitán del Regto. de Art.ª n.º 17, D. José Matosés Gomis.

Art. 3.º—El día 1.º del próximo mes de Diciembre, a las 10 horas y en el Regto. de Zapadores n.º 3, destinado al efecto, se constituirá el Consejo de Guerra ordinario, para ver y fallar el sumarisimo n.º 181-V-48, instruido por el Juzgado Militar Permanente n.º 2-C de esta Plaza, contra el paisano Ricardo González Martínez por tenencia ilícita de armas.

Presidente: Tte. Coronel del Regto. de Cab.ª Cazadores de Lusitania n.º 8, D. Cristiño Espinosa González.

En aquel momento pensé en cómo serían los consejos de guerra en 1936, y recordé luego, aun ahora, la cobardía de las gentes que eran testigos de la defensa y ni siquiera comparaban ante el tribunal.

El caso más sonado se dio en el juicio seguido contra Alejandro Bóveda. Copio a continuación un párrafo del libro *Vida, pasión e morte de Alexandre Bóveda*, que publicó en Buenos Aires Xerardo Álvarez Gallego. Dice así:

"Namentres o testigo incomparecente, Señor Filgueira Valverde, falaba tódolos días pola Radio Pontevedra gabando o "Glorioso Movimiento" -en castelán, naturalmente- e facendo méritos pra ser nomeado alcalde de Pontevedra e Procurador en Cortes".

¡Qué vergüenza!

Como los avisos para las dos comparecencias me fueron hechas por el Ayuntamiento de

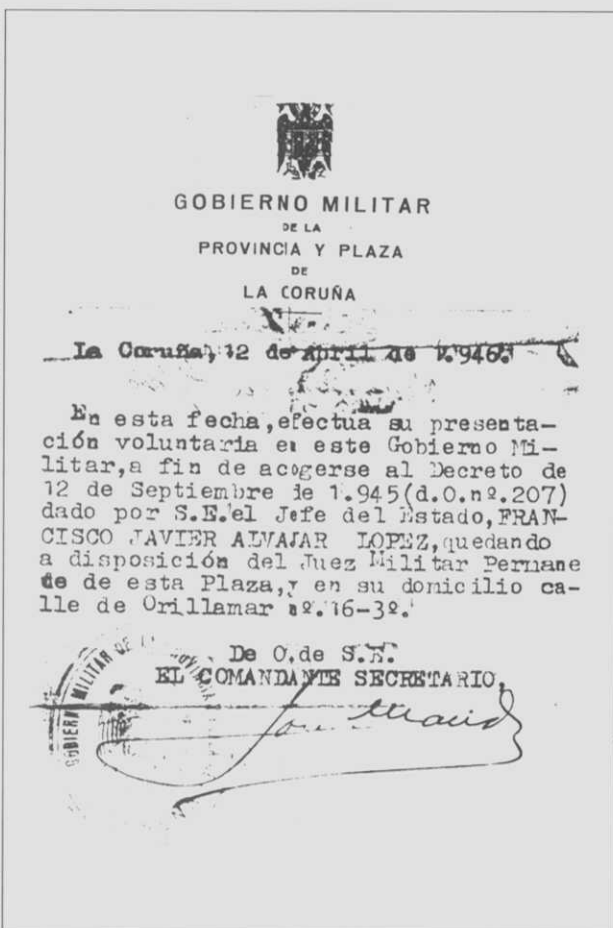
los Barrios de Salas, contribuyeron más a granjearme la amistad de los obreros, que ya, a partir de ese momento, me consideraron como uno de los suyos. En ese Ayuntamiento habían asesinado a varios vecinos que, según nos contaron a mi esposa y a mí, estaban enterrados en los viñedos vecinos. El jefe de los guerrilleros que actuaban en los montes próximos, un tal Girón, era también vecino del Ayuntamiento.

A principios de 1954 el Sargento Comandante del puesto de la Guardia Civil de Ponferrada me transmitió el siguiente mensaje del Comandante Arrecibita: o colaboraba con ellos (la Guardia Civil) para lograr cazarlos, con mi influencia entre los obreros, entre los que había familiares de los huidos. En ese caso mi colaboración, además de mantenerse en secreto, me reportaría no sé cuantos beneficios, pues éstos no se me detallaron, o, en caso contrario, me harían la vida imposible.

Me negué a ello, naturalmente, diciéndole al Sargento que lo que me proponían, era cosa de ellos y que tomaría inmediatamente una decisión para evitarme las represalias.

Al llegar a casa, le conté el asunto a mi esposa, a la que envié a buscar piso en La Coruña y anuncié a mis jefes que a primeros del mes de marzo dejaba el trabajo.

Así lo hice y, como yo tenía un pasaporte, el día 5 de marzo de 1954, y tras detenerme en Bilbao para obtener el visado de entrada del Consulado Francés, entré en Francia por primera vez a tantear el terreno, con mi padre, y a ver cómo estaba aquel país y las posibilidades que tenía de encontrar trabajo, si no lo lograba en La Coruña.



Regresé de París a La Coruña el día 20 del mismo mes de marzo. Mi esposa había encontrado un piso en la calle del Arenal, cerca de Monte Alto. En él vivimos hasta que nos convencimos de que nadie me iba a dar trabajo, por miedo a represalias, y decidimos, una vez más, vender los muebles y enseres domésticos, y emigrar a Francia. Primero salió mi mujer, y cuando recibí sus noticias, me puse en camino. Esto lo hicimos como medida de precaución y para que ella, por lo menos, estuviese a salvo.

\*\*\*

Pero es tiempo de volver a lo que fue mi vida en los primeros meses del Alzamiento Militar contra la República.

En los primeros meses me guardé bien de no bajar al centro de La Coruña, por temor a recibir una paliza de los grupos falangistas que dominaban esa zona. Nos limitamos "los rojos" a pasear al anochecer por la calle de la Torre; a bañarnos en los Pelamios o en la Playa de San Amaro, en la que estaba sin terminar el primer Club del Mar, que habían construido obreros del barrio en sus días libres. Así nos asegurábamos de que no caeríamos en la trampa que pudieran tendernos los de Falange, porque de los Pelamios a San Amaro había un *carreiro* que por detrás del cementerio nos permitía huir de uno a otro sitio fácilmente. Recuerdo un día en el que llegó un grupo de falangistas a la Playa de San Amaro. Inmediatamente nos metimos en el agua, lejos de su alcance, pero al ver que no se marchaban, como hacían otras veces, yo, que tenía mi ropa en los Pelamios, le dije a mi acompañante, Manuel Rodríguez Solano, que me iba nadando. Chin, que así le llamaban los amigos, creyó que era una broma mía, pero al verme nadar en esa dirección, decidió acompañarme, aunque él no tenía nada que temer, porque en el grupo de falangistas tenía varios amigos. Emprendimos la travesía manteniéndonos a unos 30 m. de la orilla y llegamos a los Pelamios en plena forma. De allí, Chin regresó a la Playa de San Amaro a pie, por el *carreiro* que mencioné antes.

Pasados unos meses, fuimos perdiendo el miedo, y, al verano siguiente, ya íbamos a bañarnos a la Playa del Parrote.

Más tarde, nos reuníamos en la casa de unos amigos que vivían en la calle Real y allí, chicos y chicas, todos de izquierdas, lo pasábamos lo mejor que podíamos. Hasta organizábamos bailes con la música de unos discos y un fonógrafo que manejaba el padre de nuestros amigos. Incluso celebramos la toma de Teruel por las tropas republicanas, con uno de esos bailes. La familia de nuestros amigos se componía de los padres y cuatro hijos, llamados Mari, Antonio, Pilar y Dolores. Mari sigue viviendo con su marido y sus hijos en el mismo piso.

Así pasábamos el tiempo hasta el momento en el que tuve que incorporarme al Ejército.

Estuvimos en La Coruña unos quince días, de los cuales sólo dormí en el cuartel dos, pues me aprovechaba, otra vez, de Luis Pazos al que, como dije antes, le reconocieron el grado de Sargento que había tenido en la Legión, para procurar pasar las noches en casa; hasta el día en que salimos de La Coruña en vagones de mercancías rumbo a Toledo.

Recuerdo que un domingo por la tarde se nos ocurrió, a Manuel Espiñeira, Juanito Bello y a mí, atravesar el Tajo nadando para ir a visitar la ciudad de Toledo. Nos atamos las ropas con los cinturones a la cabeza y cruzamos el río y vimos, como era nuestra intención, la ciudad. Lo mejor de la visita fue cuando en una estrecha calle y casi de sopetón, nos encontramos con los oficiales que mandaban nuestra compañía. Les saludamos militarmente; no dijeron nada, pero al día siguiente nos nombraron cabos a Bello y a mí





*Annecy (Francia). "A los Españoles muertos por la Libertad..." (1940-1945).  
Obra del escultor Lobo.*

*Maquis españoles desfilando en la liberación de Francia con la bandera de la  
República Española al frente.*



y a Espiñeira lo destinaron a las oficinas, ayudando al Teniente.

Visitamos, en Toledo, las ruinas del Alcázar. Y yo me preguntaba por qué los republicanos no lo habían tomado en menos tiempo, sin dar lugar a que fuera liberado y, con ello, al mito de la heroicidad de sus defensores y, sobre todos, al del Coronel Moscardó. Luego me enteré, por el libro de Antonio Vilanova<sup>1</sup> *La defensa del Alcázar de Toledo (epopeya o mito)* y por el del pintor Luis Quintanilla, titulado *El mito del Alcázar de Toledo*, de que antes de refugiarse en el Alcázar, los rebeldes habían detenido a varias personas destacadas de izquierdas y se las habían llevado en su retirada para que sirvieran como rehenes; incluso se llevaron con ellos al Gobernador Civil y a su familia, el coruñés Don Manuel María González. Copio a continuación algunos párrafos del libro de Antonio Vilanova referentes a los rehenes:

"Desde luego la cifra debió ser elevada, porque es notable la insistencia de las milicias en reclamar la soltura de estos rehenes y el interés de Moscardó en retenerlos como protección, lo que, como dice el periodista norteamericano Mathews, lejos de ser una fuente de orgullo para los nacionalistas, su presencia y

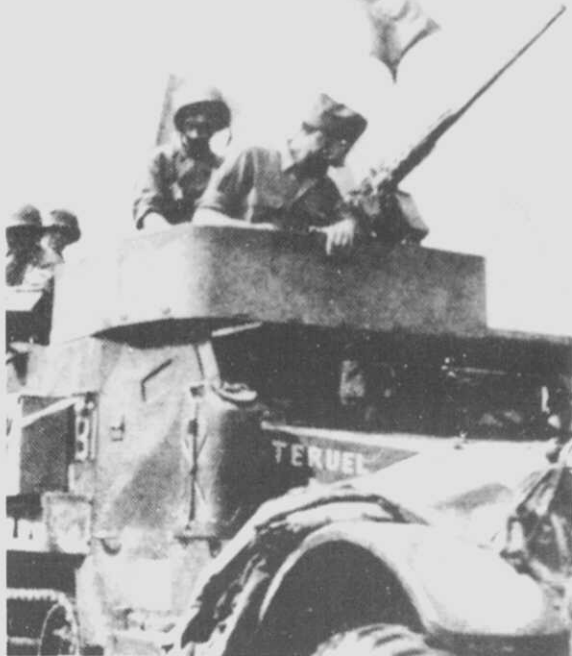
---

*Arriba, los blindados de la 9ª Compañía del Tchad en la calle principal de Ecouché después de su liberación. Están alineados los llamados Ebro, Guadalajara, Brunete, Guernika y Pingouin.*

\*\*\*

*Abajo, la bandera republicana española ondeando en el blindado Teruel, en París.*

---



sus sufrimientos representan uno de los incidentes más vergonzosos de la guerra civil en el lado de Franco."

Del trato que recibieron nos dicen algo los siguientes hechos:

1.- Todos los presos, incluso el gobernador González López, fueron dedicados a la limpieza de los sótanos. Eran obligados, bajo vigilancia militar a limpiar las letrinas que se habían puesto en los sótanos y vaciar las heces a la explanada oriental, etc.

2.- El asesinato de varios de los rehenes dentro del Alcázar, incluso mujeres, por diversas causas. El más conocido es el de Francisco Sánchez López, maestro de la Escuela de la Carcel Provincial, detenido el 21 de julio.

3.- Varios casos que se me relatan por combatientes republicanos y que son similares al siguiente: La Guardia Civil, y Moscardó con ella, naturalmente, impidió la rendición y colocaba delante de las ventanas, puertas e incluso en antepechos del edificio a niños y mujeres para evitar voladuras y ataques de aviones y cañones. Esta es la realidad. Varias veces, yo ví como ante un ataque nuestro, aparecían con banderas blancas mujeres y niños, detrás cadetes y guardias civiles con granadas de mano y ametralladoras que segaban la vida de los milicianos que iban a su encuentro."



*Dolores Ibárruri, La Pasionaria, con su hijo Rubén Ruíz Ibárruri, teniente del ejército soviético, caído en Stalingrado.*

Hasta aquí habla Vilanova y de la lectura de su libro saco la conclusión de que el Coronel Moscardó quiso rendir el Alcázar en más de una ocasión, impidiéndoselo los Coroneles de la Guardia Civil que estaban conspirando desde siempre y que dieron la orden a todos los puestos de la *Benemérita* de concentrarse en Toledo, logrando reunir a más de 500 guardias civiles que se apoderaron de la ciudad y que tuvieron luego que retirarse al Alcázar, haciendo antes prisioneros entre la población civil, obligados por una columna de milicianos al mando del General Riquelme.

Llegados aquí me permitirá el lector que relate un hecho en el que tomamos parte el General Riquelme y yo como exiliados españoles.

Cuando en Argel se sublevaron un *cuarteron* de Generales, como más tarde acertadamente los describió el General De Gaulle, éste último hizo unos minutos después del

<sup>1</sup> Antonio Vilanova escribió también un documentado libro que tituló *Los olvidados. Los republicanos españoles en la Segunda Guerra Mundial*, en el que narra los hechos de guerra desde el frustrado desembarco en Narvik hasta la toma del Nido de Águilas de Hitler, sin olvidar la liberación de París, la campaña del Norte de África, la resistencia en Francia y la muerte de 10.000 españoles republicanos en los campos de exterminio nazis, (véase la foto del monumento que los franceses alzaron en memoria de estos combatientes.



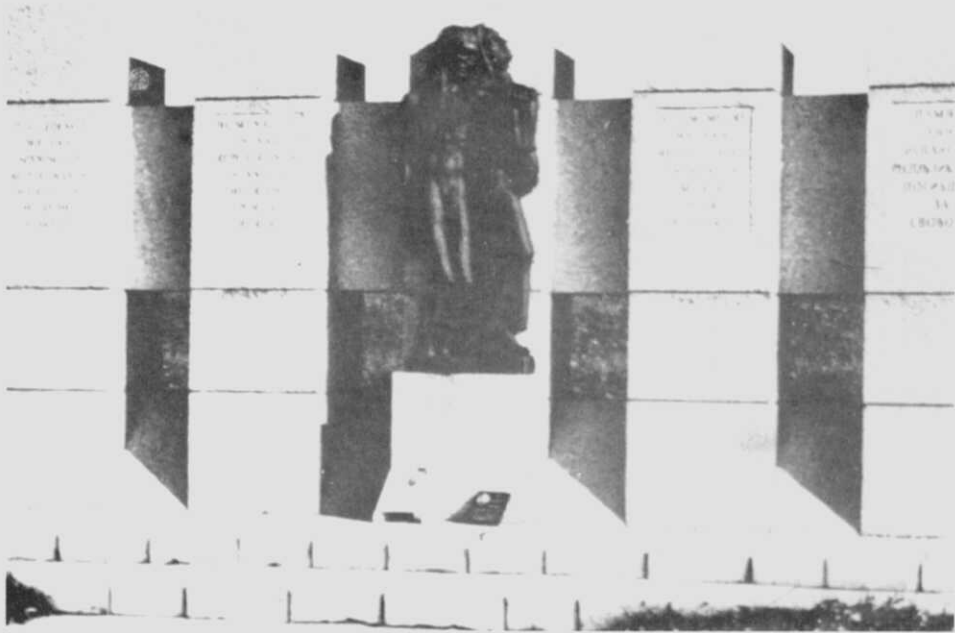
*Toledo. Combatientes del Frente Popular en el ataque a la plaza Zocodover.*

Alzamiento una declaración condenándolo, y su Primer Ministro, Debré, hizo un llamamiento al pueblo francés para que "a pie, a caballo o en automóvil" (estas fueron sus palabras) todos se dirigieran a los aeródromos y trataran de impedir el aterrizaje de los aviones en los que, suponía el gobierno, podrían llegar las tropas sublevadas. Esto ocurría a primeras horas de la noche y a la mañana siguiente nos reunimos en los locales de la Gran Logia de Francia, no sin antes haber visto que todos los accesos a París estaban vigilados y que los edificios oficiales estaban bien defendidos, nos reunimos, repito, el General Riquelme, Constantino Álvarez, otro muchacho cuyo nombre no recuerdo en este momento, Urbano Gómez Gayoso, un gallego de la provincia de Orense y yo, y decidimos después de sopesar nuestras posibilidades, ir al Ministerio del Interior francés a ofrecer un mínimo de 200 ex-combatientes republicanos en el caso de que fueran necesarios. Nos recibió el Primer Secretario del Ministerio y el General Riquelme nos presentó como oficiales de su Estado Mayor. Nos agradeció el ofrecimiento y nos dijo que el Ministro estaba en una reunión con otros ministros pero que hablaba en su nombre. Sólo dudó un instante cuando el General le dijo que pelearíamos bajo la bandera de la República Española. Nos preguntó que a quien tenía que avisar si nos necesitaban y el joven, cuyo nombre no recuerdo, dió su dirección.

¿Como terminó esta aventura?

Mal, porque debían tener los generales sublevados cómplices en el ministerio y, unos días después, gentes de la extrema derecha francesa le dieron una paliza al pobre del General y el muchacho que dió su dirección se vio obligado a marcharse a Suiza, porque llegó a recibir amenazas de muerte. Yo mismo viví unos días de angustia pero como no había dado mi nombre para nada, me tranquilicé enseguida.

A los cinco participantes en esta aventura nos unía el hecho de que todos éramos refugiados políticos y además masones. El otro gallego y yo pertenecíamos a la Logia "España" de la Gran Logia de Francia, el general y los otros dos a la Logia "Iberia" del Gran Oriente de Francia.



*Monumento erigido en Mauthausen a los españoles asesinados en dicho campo.*

Muchas veces he pensado en el proceder del General De Gaulle y de Michel Debre dando cuenta inmediatamente de lo ocurrido y haciendo un llamamiento al pueblo, sobre todo después del *Tejerazo*, al pensar en que hasta pasadas seis largas horas no nos tranquilizó ninguna autoridad a los que, hace relativamente poco tiempo, aparecimos en las listas de víctimas de represalias si triunfara el golpe de estado. No puedo menos que preguntarme que diría, si hablara el General Armada y si quisiera decir la verdad.

No en todas las ciudades se sublevó la Guardia Civil. Cuenta Federico Escofet, Delegado del Gobierno Republicano en Bruselas, en un libro de memorias, que a Companys y a las gentes que se encontraban con él en los primeros momentos de la sublevación militar, les preocupaba mucho la actitud que pudiera tomar en Barcelona la Guardia Civil allí concentrada y vieron avanzar por una de las calles que convergen en la Plaza de San Jaime a un batallón de guardias civiles, al frente de los cuales venía el Coronel Escobar.

Éste, al pasar a la altura de Companys, se limitó a saludarle militarmente y a decirle: A sus ordenes, señor Presidente.

Luego, los guardias civiles en manga de camisa, confundidos con el pueblo, en el que había una mayoría de anarquistas, tomaron el edificio de las Atarazanas, donde se habían hecho fuertes los militares sublevados.

Un testigo presencial de lo ocurrido, mi compañero y amigo Arturo Ortega, Secretario del Ministerio del Interior y de la Emigración en el Gobierno Republicano en el exilio, me contó como el Coronel Escobar demostrando una sangre fría que impresionó a todos los presentes, avanzó solo atravesando la Plaza de Cataluña, mientras hacían fuego contra él los oficiales y falangistas barceloneses que se habían refugiado en un hotel, mientras, pistola en una mano y en la otra su bastón de mando, avanzaba dirigiendo las columnas de guardias civiles que protegidos iban por las dos aceras de la plaza.



*Efectos de los bombardeos de Madrid por avión.*

El Sr. Ortega regresó a España gravemente enfermo, pero no pudo evitar la persecución de la Iglesia Católica, que le obligó a arrepentirse públicamente de haber pertenecido a la masonería.

En el exilio conocí también a muchos protagonistas de los primeros días de la Guerra Civil. Entre ellos al Sargento Fabra, cuya intervención en Valencia fue decisiva para el triunfo de la causa republicana. Se enteró de que algunos Jefes y Oficiales estaban reunidos con la intención de sacar la tropa a la calle y unirse al Alzamiento y armó hasta los dientes a un grupo de soldados que él conocía bien, entrando con ellos en el Cuarto de Banderas, donde se celebraba la reunión, deteniendo a todos los conspiradores. Estaba afiliado a Izquierda Republicana y, cuando yo le conocí, era ya Capitán. Luego, como en el caso del General Riquelme, asistí a su entierro en el cementerio de San Denis. El General se enterró en el Père Lachaise, de París.

Quizás, con su acto de valentía, se salvara la vida al General Martínez Monge, destacado por su fidelidad a la República.

También conocí a Cipriano Mera, líder anarquista que mandó un cuerpo de ejército distinguiéndose en la defensa de Madrid y, sobre todo, en la derrota que sufrieron los italianos cuando intentaban ocupar Guadalajara.

Este amigo que estaba en la cárcel el día en que se levantaron contra la República los militares, debido a una huelga general que el ramo de la construcción había declarado en Madrid, fué liberado el día 19 y el día 20 participó en el asalto al Cuartel de la Montaña, donde se había hecho fuerte el General Fanjul.

Cuenta en su libro "*Guerra, exilio y cárcel de un anarco-sindicalista*" que en ese día 20 estaban preparados para participar en el asalto al cuartel unos veinte mil madrileños, observando que la única que estaba bien organizada era la artillería emplazada en la esquina de la Princesa y la Plaza de España, que abrió brecha muy pronto en los muros del Cuartel, evitando con ello muchas víctimas en la población civil. Hago un paréntesis para decir que también conocí al capitán que organizó la poca artillería de que disponían los asaltantes, pues venía a menudo de vacaciones a París con sus hijos y jamás olvidaba hacer una visita a los locales que el Gobierno Republicano tenía en el nº 35 de la Avenida Foch.

Se trataba del Capitán de Artillería Orad de la Torre que me presentó Gordón Ordás y que no se cansaba de repetir a sus hijos que aquel Gobierno seguía siendo el único legal y que pronto regresaríamos a España para hacernos cargo de su destino.

Conocí a Cipriano Mera en el local que tenían los anarquistas en la calle San Denis, de Paris que yo visitaba con frecuencia y donde trabé amistad con Manuel M. Molina, autor del libro titulado "*Noche sobre España*" (siete años en las prisiones de Franco) con su yerno Ramoncín y con el viejo Gómez, que dirigía el local. Debo decir que, cuando murió mi padre, me encontré con muchos libros repetidos que regalé a la biblioteca que los anarquistas tenían en su centro. Yo iba a la *rue Saint Denis* por lo menos una vez al mes a recoger la revista que publicaban en América Latina y que se llamaba "Comunidad Ibérica" y en la que colaboraban, entre otros, Diego Abad de Santillán, Ramón J. Sender, Víctor Alba, etc.

Entre los que nos visitaban en las dependencias del Gobierno Republicano destacaba el Almirante Don Valentín Fuentes que venía a recoger los crucigramas, que yo le reservaba, de la prensa española que estaba, por mi cargo, obligado a leer para pasarle al Presidente lo que me pareciera interesante. El Almirante Fuentes, muy querido por los marinos gallegos exiliados, tuvo una actuación decisiva en Almería, donde llegó con el buque que mandaba (creo que un torpedero) y desembarcó a los marineros que se enfrentaron, con éxito, a las tropas sublevadas. Este Almirante se vió obligado a trabajar como peón en una fábrica de alpargatas, y a pesar de que sus dos hijas monjas habían obtenido su perdón de las autoridades franquistas, prefirió morir en un asilo de ancianos. Lo mismo que el General Martínez Monje que murió en un asilo en la Argentina.

Mis contactos con el General de Milicias, Valentín González (El Campesino) empezaron cuando éste solicitó una entrevista con el Presidente Gordón Ordás, quien nos encargó a Camilo Otero (Secretario del Ministerio de Asuntos Militares) y a mí que no dejáramos pasar a ninguno de los que le acompañaban, pues, contrariamente al también General, Cipriano Mera que volvió a ejercer en el exilio su antiguo oficio de albañil, *El Campesino* había logrado engañar a algunos incautos y se las daba de Jefe del Ejército de la Reconquista.

Otero y yo, ayudados por el ordenanza Fernández, superviviente de un campo de exterminio nazi, cerramos la puerta del Gobierno y aguardamos la llegada del *Campesino* que, como esperábamos, llegó acompañado por una veintena de acompañantes. Nosotros tres, con las manos en los bolsillos de la chaqueta, como si tuviéramos una pistola (en



*Milicianos voluntarios en busca de armas.*



*Automóviles ardiendo en la Rambla.*

\*\*\*

*Abajo, escena del juicio a los generales Goded y Buriel (a la derecha, entre dos guardias)*



realidad la teníamos) dejamos pasar únicamente al *Campesino* diciéndole que los que le acompañaban debían esperarle tomando el fresco en la Avenida Foch. Con gran asombro por nuestra parte no pusieron la menor resistencia y nos obedecieron. A partir de ese día el *Campesino* me visitó con inusitada frecuencia en mi Ministerio de Información, Propaganda y Archivos, pues quería ¡nada menos! que yo aceptara el cargo de coronel de su Estado Mayor. Naturalmente no acepté tal nombramiento y debo confesar que ahora me pesa, pues me gustaría tener en mis archivos el carnet que extendía aquel loco cómo una curiosidad.

Cuando yo le preguntaba cómo fuera la toma de Teruel por las fuerzas republicanas, y en la que su división tuvo un importante papel, de lo único que, al parecer, estaba orgulloso, pues lo repetía una y otra vez, era de la patada en el trasero que, según él, le dió al Obispo al hacerlo prisionero. Me dedicó su libro "*La vida y la muerte en U.R.S.S.*" y





*Oficiales insurgentes hechos prisioneros en el Cuartel de la Montaña son llevados por voluntarios armados de la milicia popular.*

\*\*\*

*Muerte del General Sanjurjo en Santa Cruz (Portugal), carbonizado en el avión que lo llevaba a España, donde iba a tomar el mando de las tropas insurgentes.*



además me escribió varias cartas y me entregó, en exclusiva, según él, una poesía que dedicaba al General Franco. Fotocopiamos esta dedicatoria y poesía, sin comentario alguno por nuestra parte.

Debo decir, sin embargo, que el Campesino era un tipo muy espabilado que explotaba su pasado, sobre todo su anticomunismo, para conceder entrevistas a cadenas de televisión y revistas francesas y alemanas que pagaban muy bien. En cierta ocasión llevé a Metz, ciudad en la que estaba confinado Valentín, a Julián Gorkin para anunciarle que la televisión alemana lo buscaba para un programa en el que tendría que proclamar, una

vez más, que los comunistas le habían engañado y que se había fugado de la Rusia Soviética donde las autoridades le habían enviado a Siberia.

Yo dejé de trabajar en el Gobierno cuando D. Claudio Sánchez Albornoz redujo, de forma arbitraria, el personal. Antes había tenido unas palabras con él cuando me confesó que él no era político, sino historiador y yo le respondí que lo mejor que podía hacer, si lo que decía era verdad, era dimitir de su cargo de

Presidente del Gobierno Republicano para que este cargo lo ocupara un político que, por lo menos, estuviera al pie del cañón y no como hacía él, que residía once meses y medio en Buenos Aires y quince días en París. Si se portara como Don Luís Jiménez de Asúa, Presidente de la República en aquel entonces, que no quiso cobrar nunca ni un solo céntimo de las instituciones en el exilio, no hablaría yo hoy de esto, pero D. Claudio Sánchez Albornoz tenía asignada una cantidad superior a la de cualquiera de los ministros que a diario acudían a sus ministerios a despachar los asuntos pendientes, cantidad que se le ingresaba en una cuenta bancaria y que recogía cuando venía a pasar los quince días.

Gordón Ordás y yo éramos de la misma opinión. Creo que me cesó por lo que le dije.

Julián Gorkin me ofreció un trabajo en el "Centro de Documentación y de Estudios" que dependía, en los primeros meses, del Congreso por la Libertad de la Cultura. Luego nos independizamos. En dicho Centro publicamos primero un Boletín Informativo y después la revista "Mañana".

\*\*\*

*Le montant du prix de ce livre,  
son auteur l'employera  
à la lutte contre le franquisme  
et pour la Reconquête de la  
III<sup>e</sup> République Espagnole*



~~9,85~~  
9,85 = Frs

Para *Xavier Arzapar* -  
ati que conocistes de cerca los  
propósitos comunistas - esto que en  
este libro yo escribo - es la pura verdad  
de su sistema sus formas y sus crímenes;  
esto para nuestra patria es un grave  
peligro: tenemos la obligación - todas las  
que luchamos por la libertad de España -  
de combatir a estos vichos con la misma  
dureza que al Fascismo - que al Franquismo.

LA  
VIE ET LA MORT *el campesino*  
EN U. R. S. S.

Alcanzar esto es lo más fácil. Y no tiene  
valor: el mérito es vencer la muerte  
para seguir luchando. Por la  
libertad de los Oprimidos y  
esplotados de todas las tierras  
del mundo.

para *el campesino*

Pero ya es tiempo de volver a mi vida. Pasados ya unos meses empezamos a jugar al fútbol en el relleno, en el lugar en que se encuentra hoy la Aduana y la Jefatura de Policía. No recuerdo con exactitud la fecha, pero creo recordar que fue en la primavera de 1938 cuando se le ocurrió al redactor deportivo de La Voz de Galicia organizar lo que él llamó un campeonato relámpago, pues los equipos que en él participaran debían jugar partidos de media hora, repartidos en dos tiempos y en el caso de que empataran se clasificaba aquel que lograra más saques de esquina (corners) a favor. Participaron muchos equipos, pero a los que jugábamos en el relleno se nos ocurrió formar una selección de los mejores jugadores e inscribimos en el campeonato con el nombre de "Eureka" y con unas camisetas y pantalones que nos prestó un amigo nuestro que se llamaba Mediero. Quedamos entre los ocho primeros, lo que nos permitió participar en otro

\*\* 3º REPUBLICA - ESPAÑOLA \*\*  
fundada - por - el - CAMPESINO

\*\* AÑO \*\* 1956 \*\*

Ya los muertos' selevantan' ya los muertos  
se enderezan, ya salen de sus tumbas, ya gritan,  
Franco' prepara tus dias estan contados, Franco  
mar oliente' Franco podrido hasta los dientes?..

Franco asesino' que pensastes que dios te dio,  
ese destino? Franco? parati no hay ni fosa ni  
barranco: Franco los muertos te gritan? tu  
hijo de una puerca' seras quemado, quemado en  
una cerca, Franco tu pasado - tu olor infesta"..

Franco' podrido que tu cuerpo podrido gñele a  
rancio, Franco torcido" malecho torcido como  
la jiva de los camellos, que un dia dijistes"  
en la españa, jamas habra republica? Franco tus  
carculos venenosos" los muertos' los enterraremos  
en un pozo? y juntos con todos tus aliados" que  
tavian son, hijos de puercos benenosos?..

Franco' los muertos juntos con los HOMBRES de las  
3º republica; te decimos, prepara tu mal hecho  
cuerpo lleno de beneno? que destrozado, a los puercos  
sera hechado? SIN APELACION TUS DIOS YA ESTAN CONTADOS...  
YA SUENAN LOS GLARINES" DE LA 3º REPUBLICA' Y QUE  
PREPAREN LA CABEZA TODOS ESOS MASTINES HIJOS DE PUTA?...

\*\*\*\* POR CAMINO DERECHO Y SIN CURBAS \*\*\*\*

-----

Composición del General "El Campesino"

Franco' patas cojas y casi manco: el pueblo  
beinte años? la libertad espero y viendo que  
no benia" a la montaña, setiro: con coraje y  
dispuesto, hacer añico ? TU TIRANIA?....

Franco' que a todo el pueblo: lo vistio? no de  
blanco' sino de negro" de negro le puso el pendon"  
negro - y no clabeles les pusistes el cordon"..  
NEGRO - NEGRO FRANCO TIENE" EL C O R A Z O N?...

Franco' de Galicia y no de POZO BLANCO: Franco'  
que en toda españa, el menu lo reformo' con  
cosas desconocidas, Navos - y batatas cocidas'  
y el PAN que metio" NEGRO - NEGRO - Y NO BLANCO?...

Franco' patas torcidas' y todo el mundo sabe que  
tu conciencia, esta perbertida"- Pervertida y  
afeminada, ya esta segura tu muerte" . de bueno  
no as dejado , NADA?...

Franco' de recuerdo nos as dejado, muchas  
mujeres y niños que matastes en POZO BLANCO:  
Franco los cerdos te comeran, con repusnancia:  
por que saben vien qué tu hicistes de la españa?  
Una grande y libre,,, Una grande y libre? NUNMIANCIA...



EL - CAMPESINO

*El Campesino*

*Guerra Provincial de  
transferencia - y. No la  
reproducción*

campeonato que organizó el mismo periodista y en el que llegamos a disputar la final contra el Oza, final que perdimos por un gol a cero. Luego volvimos todos a nuestros equipos de origen; Juanito Acuña y yo al Sporting Coruñés (más tarde se incorporó al equipo Alfredo de la Fuente); al Orzán, Jaime; Toñito al Deportivo Ciudad; Germán Pizarro y su hermano al Sporting Parque, etc., etc.

En uno de los partidos, un amigo que se encontraba en Preferencia, en el viejo Ria-zor, vino a verme en el descanso y me informó de los comentarios que sobre mi manera de jugar hacían unos espectadores que decían textualmente: ¡Que bien juega ese chico! ¡Lástima que sea "rojo"! Si supieran esos "señores" que en los años 43, 44 y 45 todas las veces que el Deportivo se desplazaba a Barcelona, ciudad en la que yo me encontraba en plena clandestinidad, me invitaban los jugadores a ir con ellos, en su propio autocar, a todos los partidos. Incluso me llevaron a Sabadell. Lo mismo ocurría cuando el Granada, entonces en primera división, venía a Barcelona, porque en ese equipo jugaba el coruñés Juan Neira, que llegó a proponerme que me fuera con él a Granada donde me buscarían un trabajo entre todos los jugadores. Rechacé esta proposición, pues esperaba de la resistencia catalana que me pasaran a Francia. Demuestran estos hechos que "rojos" en la Coruña abundaban mucho, sobre todo en el ámbito deportivo.

He dejado la historia de "mi guerra" justo en el momento en que me fui del bando franquista y creo que ya va siendo hora de que volvamos a este tema.

\*\*\*

Nos habíamos equivocado, el teniente y yo, en lo que concernía a la avanzadilla republicana. Yo me dirigí directamente al lugar en que se suponía que me iba a encontrar con los republicanos y me encontré a diez o doce metros del lugar en cuestión con una alambrada doble y el más absoluto silencio. Como estaba relativamente cerca de las líneas franquistas y no me era posible gritar para llamar la atención de los supuestos defensores del parapeto, pues alertaría a los que habían sido, hasta hacía unos instantes, mis compañeros, dudé dos o tres minutos, que se me hicieron muy largos, y decidí pasar la alambrada doble arrastrandome y ver quién o qué había allí, en aquella posición. Por fin me decidí y pasé la alambrada como pude, escalé los muros del parapeto y allí esperé un rato largo con la esperanza de que alguien llegara hasta aquel lugar. Ya no tenía temor a los que había dejado porque me protegía la alambrada doble y, además, porque había encontrado en el parapeto numerosas bombas de mano, de las llamadas "de piña", que eran las utilizadas por el ejército español hasta que los italianos nos impusieron las "Laffite" que eran las que nos enseñaron a lanzar en nuestra instrucción. Al ver que nadie llegaba seguí avanzando cuesta abajo silenciosamente, hasta que oí voces muy cerca de mí. Tan solo en esos momentos, y encontrándome ya muy lejos de las posiciones del ejército franquista, me atreví a alzar la voz para decir estas palabras: No tíreis, vengo a pasarme, a las que, no se quien, respondió en primer lugar: Aquí viene otro gallego. Luego me dijeron que hiciera ruido con las manos, manteniéndolas encima de la cabeza, y me advirtieron que no me moviese del lugar en el que me encontraba hasta que llegase alguien que iba a venir a buscarme. Así lo hice, y no tardó en llegar un Sargento que me dió un gran abrazo y me llevó a la posición. Allí se repitieron las felicitaciones y pude comprobar que se trataba de una unidad de veteranos, pues todos pasaban de los treinta años. Noté que todos ellos, al abrazarme, me metían algo en el bolsillo lateral de la guerrera. Comprobé, más tarde, que se trataba de billetes de cien pesetas, pues pensaban, y no se equivocaron, que me darían unos días de permiso antes de que me incorporaran a una nueva unidad y querían que lo pasara bien con el dinero que me daban.

Me llevaron ante el Capitán de la Compañía que me hizo unas preguntas, sin dejar de mirar un paquete de tabaco de los llamados de "sesenta", pues era su precio (sesenta céntimos) que yo llevaba en el bolsillo superior de la guerrera y al final del interrogatorio no pudo contenerse y me pidió un pitillo. Yo casi no fumaba y le regalé el paquete, que estaba entero, y que repartió inmediatamente con los oficiales presentes. Comprobé más tarde que en la zona republicana escaseaban dos cosas: el tabaco y el café.

Después me llevaron al puesto de mando de la División, donde me invitaron a cenar, haciéndome, durante la cena, muchas preguntas y del puesto de mando de la División y ya en el automóvil a un pueblo de la retaguardia del que nunca pude saber el nombre, pues los soldados que me escoltaban y los que me vigilaban en la casa en la que estuve detenido tenían la orden de no hablar conmigo hasta que me interrogaran, a la mañana siguiente, dos coroneles de Estado Mayor. Estos Coroneles llegaron hacia las once de la mañana y se mostraron sorprendidos y satisfechos desde la primera pregunta que era: ¿Por dónde se pasó usted? Yo les contesté que se lo explicaría con detalle si ponían a mi disposición un plano del sector. Me miraron como a un bicho raro, extendieron el plano y, sobre él, fui explicando el recorrido que hiciera la noche anterior y les dí con todo detalle la relación de las fuerzas que ocupaban posiciones cercanas a las nuestras (naturalmente franquistas). Ellos me indicaron el lugar en que creían había baterías de artillería. Yo me limité a asentir y cuando me señalaron la localización de una batería que aun no habían situado bien, les dije que esa estaba bajo un árbol muy frondoso y que tenía en el tronco numerosas inscripciones. Enseguida se dieron cuenta del lugar que les hablaba. Se despidieron de mí diciéndome que con uno como yo que se pasara cada semana, no hubieran estado en la situación en la que se encontraban, con la guerra casi perdida.

Por la tarde vinieron a verme dos oficiales de los Servicios de Propaganda, uno de ellos gallego, que venían a pedirme que fuera con ellos aquella misma noche y hablara por un altavoz instalado en un pequeño coche pidiendo a los enemigos que se pasaran a nuestras filas. Así lo hice, mitad en gallego, mitad en castellano, en medio del ruido de los morteros que cada vez se acercaban más al sitio desde el que hablábamos. Tanto se acercaron que optamos por retirarnos.

Desde el frente, y en el mismo coche-altavoz, me acercaron a Betera, ciudad cercana a Valencia, y me dejaron en la que, a mi parecer, había sido una Casa Cuartel de la Guardia Civil y que en aquel momento utilizaban para concentrar a los evadidos de la zona mal llamada nacional. En el Centro me encontré con un asturiano y un canario que se habían pasado días antes guardados, más que vigilados, por unos señores ya entrados en años que se habían ofrecido a servir en el ejército en misiones de retaguardia.

Ambos me informaron que esperaban que el SIM (Servicio de Información Militar) les interrogara para salir de allí e incorporarse a una unidad de combate. A los dos se les daba por cantar; uno, el asturiano, canciones de su tierra a cualquier hora, incluso de madrugada, y el otro, el canario, más comedido, se pasaba el día cantando tangos argentinos. Después, llegaron al Centro dos canarios más y un navarro maestro de escuela.

Salimos todos juntos, cuando fuimos interrogados por los agentes del SIM, nos pagaron a razón de 10 pesetas al día y nos concedieron un mes de permiso con la obligación de que, una vez transcurrido ese mes, nos presentáramos en el pueblo de Moncada, donde se estaba creando una nueva unidad. Conservo aún dos de los billetes de cinco pesetas que me pagaron y que considero los primeros que recibí como pago a mis servicios a la República Española. Me vinieron muy bien las casi dos mil quinientas pesetas que me metieron en el bolsillo de la guerrera la noche en que me pasé, pues me permitieron ir al cine, al teatro y comer en restaurantes, en los que abundaban los platos confeccionados

con arroz y lentejas, algunas veces, pocas, con carne de bisonte que mandaban los americanos.

Encontró Álvarez Ausinio, el asturiano, un convento en pleno centro de Valencia, que había sido convertido en dormitorio para soldados con permiso y en él pasábamos las noches. Tenían los frailes una pianola con muchos rollos de música clásica que poníamos antes de acostarnos.

Una noche nos visitó un Comisario Político con la graduación de Comandante con el que conversamos largo rato. Nos dio cuenta de la delicada situación en la que nos encontrábamos y nos preguntó lo que pensábamos nosotros a ese respecto. Todos se callaron y al decirle yo lo que pensaba, se sonrió y me dijo: ¡Ojalá pudieras convencer al Presidente Negrín!

Mi respuesta había sido la siguiente: Puesto que tan mal estábamos ¿por qué el Gobierno no daba órdenes a la aviación de hundir dos barcos, uno italiano y otro alemán, y declaraba la guerra a estos dos países? Así, cuando estallara la guerra mundial que todos preveíamos, y en el caso de una victoria de las democracias, seríamos los primeros en ver nuestras reivindicaciones atendidas y en el caso contrario siempre tendríamos el honor de haber sido derrotados por Alemania e Italia que, al fin y al cabo, ya estaban luchando contra nosotros.

Ya desde Betera, veíamos pasar todos los días y a gran altura, unas escuadrillas de "pavas" (aviones de bombardeo italianos) que dejaban caer sus bombas en Valencia. Ahora teníamos que soportar estos bombardeos diarios y lo hacíamos sin movernos del sitio en que estuviéramos, pues los italianos dejaban caer sus bombas al azar. Un día cayeron en pleno mercado ocasionando numerosas muertes.

Durante mi estancia en Valencia me dediqué, acompañado siempre por Álvarez, a buscar locales en los que se reunieran gallegos, y una tarde, al fin, vimos en un primer piso una pancarta que decía así: DENANTES MORTOS QUE ESCRAVOS, ¡VIVA GALICIA CEIBE!

Subimos; encontramos la puerta abierta, entramos y nos encontramos con una buena mujer que estaba fregando el suelo y que nos dijo que los señores que tenían alquilado aquel piso lo habían dejado sin avisar hacía más de cuatro meses, pues ese era el tiempo que llevaba el dueño sin cobrar la renta.

A partir de aquel momento nos dijimos Álvarez y yo, que las cosas debían ir muy mal puesto que las ratas abandonaban el barco.

El asturiano me dijo entonces que él y un grupo de paisanos suyos tenían un plan para huir, en caso de que se complicara la situación, y que ya le tenían echado el ojo a una lancha motora y robado la suficiente gasolina para llegar con ella al Marruecos francés o a Argelia, pero que les faltaba un patrón que la guiara y que habían pensado que ese patrón podía ser yo, simplemente porque era natural de la Coruña y esta ciudad era puerto de mar. Yo les prometí que, llegado el caso, contarán con mi colaboración, pero que lo más probable era que nos detuvieran barcos franquistas, alemanes o italianos nada más salir del puerto de Valencia.

Cuando terminé mi mes de permiso, me fui, como me habían ordenado, a Moncada, pueblo cercano a Valencia a la que le unía un tren de cercanías que salía todas las horas. Allí me encontré con la sorpresa de que ninguno de mis compañeros de Betera se había presentado, presintiendo, creo yo, que el final de la guerra estaba ya próximo o, quizás, mejor informados de lo que, en aquellos momentos, ocurría en Madrid, donde peleaban anarquistas que obedecían a la recién creada Junta de Defensa y comunistas que no acataban sus decisiones.



Al mando de un soldado (yo mismo) estaba un oficial que resultó ser un jugador del Murcia y nos pasábamos el tiempo dándole patadas a una pelota, hasta el día en que vimos unos trenes que iban hacia Valencia atestados de milicianos que abandonaban sus posiciones en el frente. Hasta viajaban en los techos de los vagones. El teniente a su mando me dijo claramente que el frente se había hundido y que, por lo tanto, me daba libertad para que obrara por mi cuenta y riesgo. Volví a Valencia en el primer tren que paró en Moncada y me dirigí al puerto, al que ya no pude llegar por estar sus accesos tomados por carabineros republicanos, con ametralladoras emplazadas, que lo impedían.

Eran ya, aproximadamente, las cuatro de la tarde cuando vi llegar unos camiones cargados de soldados, cuyos mandos hablaron unos momentos con los mandos de los carabineros y después de escuchar su respuesta y dirigiéndose a sus hombres dijeron: En este puerto no hay ningún barco; seguimos hasta Alicante.

En ese momento yo me acerqué a uno de los oficiales y explicándole mi condición de evadido del ejército franquista accedió a llevarme con ellos. Salimos inmediatamente y al pasar por las calles de Valencia observamos que la gente nos despedía aplaudiéndonos. No olvidaré nunca la estampa de una pobre vieja que, ya en pleno campo, nos saludó en primer lugar santiguándose, como para desearnos que Dios nos protegiera, y luego levantando el puño para demostrarnos que era de los nuestros. Íbamos dispuestos a abrirnos camino, aunque para ello tuviéramos que emplear las armas que llevábamos en los dos camiones que nos transportaban.

Recuerdo que en Gandía el primero de los camiones (el que iba delante del nuestro) pinchó una de las ruedas de atrás. Nos detuvimos en pleno centro del pueblo a medianoche y rodeamos a un pobre muchacho, casi un niño, que vestido con el uniforme de la Falange, hacía guardia en aquella plaza. El chico se puso a temblar de miedo y por más que le aseguramos que no le haríamos ningún daño, siguió temblando hasta que, una vez cambiada la rueda, nos marchamos.

Llegamos a Alicante al amanecer. Los alrededores del puerto estaban llenos de coches particulares y camiones y en el puerto había ya, aproximadamente, unas 25.000 personas, hombres y mujeres que, llegados de todas partes, esperaban barcos para salir de España. Durante todo el día continuaron llegando camiones y coches, por lo que empezaba a haber menos sitio en el puerto. Allí vi por última vez al asturiano Álvarez, quien llegó acompañado por otros paisanos suyos, los mismos que querían salir de Valencia en lancha motora. No volví a verle.

A media tarde llegaron a Alicante los italianos y les faltó tiempo para emplazar las ametralladoras apuntando al puerto y rodear éste de tropas que no entraron en él gracias a la intervención de tres diplomáticos, de cuyas nacionalidades no me acuerdo en este momento, que consiguieron del General Gambara que el puerto, de rejas adentro, fuera considerado zona internacional. Renació en nosotros la esperanza de que llegaran los tan deseados barcos e incluso se permitieron algunos líderes políticos, que allí se encontraban, arengar a los que esperábamos dándonos ánimos y asegurándonos que las democracias europeas no iban a dejarnos en la estacada y que pronto saldríamos de allí. La realidad fue otra.

En la tarde del 31 de marzo de 1939, el buque que entró en el puerto de Alicante fue el "Vulcano" enarbolando la bandera de los rebeldes y desembarcando tropas que tomaron posiciones rodeando el puerto, y pidiendo la rendición inmediata de todos los que allí nos encontrábamos. Se oyeron disparos, cayeron algunos de los nuestros; otros, muchos, prefirieron suicidarse y el resto desfilamos entregando las armas al salir del puerto. Separaron a las mujeres y a los niños de los hombres y nos hicieron caminar por la carretera que iba a Valencia como unos cuatro o cinco kilómetros hasta llegar al célebre

"Campo de Almendros". Digo célebre porque dió pie al escritor Max Aub para que relatare en una de sus más hermosas novelas lo que allí ocurrió. Este escritor escribió una serie de novelas con nombres de Campos: recuerdo "Campo del Moro", "Campo Francés", "Campo de los Almendros" etc. etc.

Del puerto guardo el recuerdo, aparte de los suicidios, de un hombre subido a un poste eléctrico que no cesaba de gritar diciendo que ya veía a los "fachas", que nos iban a matar a todos, que nos torturarían antes y otras cosas semejantes. Se había vuelto loco de miedo, y nadie se atrevía a bajarlo porque estaba armado con una pistola.

Este "Campo de Almendros" tendría unos dos o tres kilómetros a lo largo de la carretera de Alicante a Valencia y un ancho de, aproximadamente, unos seiscientos metros. A medida que entrábamos en él, nos dábamos cuenta de lo inmenso que era y de los miles de hombres que allí estábamos metidos. Yo fui de los últimos en abandonar el puerto y cuando llegué al "Campo" vi, con asombro, que mis compañeros de infortunio se habían comido todos los almendrucos que empezaban a tomar forma, pero que estaban verdes completamente.

Allí nos tuvieron cinco o seis días sin darnos nada de comer. Todas las noches oíamos los disparos de las ametralladoras que segaban las vidas de los desesperados que querían escapar de aquel cautiverio.

Después de la estancia en el "Campo de los Almendros" y todavía sin comer, nos hicieron formar y en columnas de tres nos llevaron, cruzando casi todo Alicante, a la estación. En ella nos esperaba un tren de mercancías en el que nos metieron a punta de bayoneta. Éramos tantos en cada vagón que no podíamos ni respirar y algunos, los más débiles, al detenerse el tren y abrir las puertas para que saliéramos, se desplomaron en el suelo del vagón, desmayados, porque venían de pie sostenidos por los compañeros que estaban al lado y que no se daban cuenta de que, desde mucho antes, estos compañeros habían perdido el conocimiento. Así llegamos tras un viaje que duró unas cinco horas, al campo de concentración de Albufera de Catral. Este campo, que estaba rodeado de alambradas, medía más o menos, unos doscientos cincuenta metros de ancho por unos trescientos de largo. A un lado y otro, y a unos cinco metros de la alambrada, se alzaban unos barracones de madera de treinta a cuarenta metros de largo que habían servido para albergar a unos doscientos prisioneros que el ejército republicano tenía allí reclusos. Nosotros, los que llegábamos del "Campo de los Almendros", éramos veinte mil por lo menos.

Yo tuve la suerte, si a esto se puede llamar suerte, de que mi vagón se detuviese enfrente de las puertas del campo. Acompañado de unos cuantos prisioneros fui a las cocinas que se encontraban al fondo con la ilusión de encontrar algo que comer, pues llevaba más de una semana, como todos, sin poder probar bocado. Lo único que encontramos fue un cubo con unos cuatro o cinco kilos de patatas que, una vez peladas, nos comimos crudas y nos supieron a gloria. Recordando aquello, quise repetir la experiencia muchas veces y no pude tragar las patatas que intentaba comer.

Nos mandaban formar en grupos de cien y alinearnos, es decir, tocar con el brazo extendido el hombro del que teníamos delante y con el otro brazo doblado alcanzar con el codo al que teníamos al lado. Entre los grupos dejábamos unos pasillos de un metro y en ese espacio tan reducido podíamos sentarnos y en él esperar la comida que nos ofrecieron tantas veces y que no acababa de llegar. A mí me correspondió formar en la primera fila de nuestro grupo, rodeado de señores de unos cincuenta o más años que estaban con sus maletas en las que incluso habían metido sus libros predilectos que no dudaron en prestarme para que el tiempo no se hiciera muy largo.

Pasamos dos días más sin comer. Empezaron a llegar cisternas con agua que enseguida se agotaba. Yo recuerdo haber hecho cola un par de veces y acabarse el agua cuando tenía delante de mí, en la cola, a más de cien personas.

A los tres días llegó, por fin, la comida tan deseada por todos. La decepción fue general pues nos correspondió un pan de cuartel (un chusco) y una lata de sardinas para cada cinco personas. Al día siguiente (veinticuatro horas después) nos dieron la misma ración de pan y un bote de lentejas, también para cinco.

Por el altavoz que utilizaban los franquistas para transmitirnos las órdenes hicieron un llamamiento a los menores de 16 años para que se presentaran en las salidas del campo e interrogarles. En el caso de que pudieran demostrar, con cualquier documento, que tenían menos de 16 años les dejarían salir del campo, con la obligación de que se presentaran en los cuarteles de la Guardia Civil de sus respectivas ciudades y sin darles ningún dinero para que pudieran desplazarse hasta ellas.

Unos días más tarde, y también por el altavoz, convocaron a aquellos que pudieran demostrar que estaban injustamente detenidos, como por ejemplo, los prisioneros de guerra de los "rojos". Yo, después de consultar con los mayores que me acompañaban, y que éstos me diesen su aprobación, decidí presentarme fingiéndome prisionero de guerra nacional detenido por error en Alicante ciudad y no en el puerto.

En la salida me entregaron papel y lápiz para que, por escrito, contara cómo y cuando me habían hecho prisionero los "rojos". Rellené el papel con una historia inventada por mí y lo presenté al capitán y al teniente que determinaban cada caso. Ambos estuvieron de acuerdo en denegar mi solicitud y no me quedó mas remedio que darme la vuelta y emprender el camino hacia la, en este caso, entrada del campo. Cuando así lo hacía oí la voz del teniente que preguntaba si alguno de nosotros sabía escribir. Yo, saludándole militarmente, le respondí afirmativamente, observando que el capitán se alejaba con un sargento que había venido a buscarle.

El teniente me ordenó que me sentara a su lado y que, a los que él diese el visto bueno, les rellenara el salvoconducto con nombre y apellido y la ciudad a la que querían desplazarse. Para hacer este trabajo puso ante mí muchos ejemplares de salvoconductos ya firmados por el Comandante del Campo y debidamente sellados con el sello de la Unidad.

Me pasé la tarde con él cubriendo muy pocos salvoconductos, pues era bastante duro; pero en un determinado momento y ante un caso que le hacía dudar, se ausentó unos momentos para consultar con el capitán, momentos que yo aproveché para cubrir un salvoconducto a mi nombre y poner La Coruña como punto de destino.

Al anochecer, cansado y despistado, el teniente me hizo la pregunta siguiente: ¿Muchacho, tu caso lo hemos visto ya? Yo, muy tranquilo, le respondí: Sí, mi teniente, y tengo ya el salvoconducto que me dieron ustedes en el bolsillo. El teniente me dijo entonces: Pues vete que pronto pasará el tren que va a Orihuela y lo vas a perder. Le pregunté si me daría tiempo para recoger unas cosas que tenía en el Campo y, mirando su reloj, me dijo que sí pero si me daba prisa. Incluso avisó al sargento que estaba al mando de la guardia para que me dejaran salir otra vez y volví al Campo de Albufera para despedirme de los señores que me habían tratado como a un hijo. No hay que olvidar que en Albufera cumplí los 19 años.

Al llegar a mi grupo mis buenos amigos se extrañaron al verme, pues suponían que todo me había salido bien y que ya estaría en camino rumbo a mi casa. Rápidamente les puse al corriente de lo que me había ocurrido. Me felicitaron y me hicieron marchar enseguida, no sin que antes uno de ellos, al saber que venía a La Coruña, me encargara que me personara en las oficinas del Ocaso, nada más llegar, que preguntara por el Sr.

Castelo y le dijera que su primo Antonio, el de Madrid, estaba detenido en el Campo de Albaterra de Catral. Fue la primera cosa que hice al llegar a La Coruña, aunque me dijeron que en aquel momento el Sr. Castelo estaba de viaje en Portugal, pero que nada más llegar le transmitirían mi recado.

Salí muy a tiempo del Campo de Concentración porque empezaban a llegar a él lo que los prisioneros llamaban "comisiones". Componían estas "comisiones" cuatro o cinco vecinos de los pueblos más cercanos a Albaterra que recorrían los grupos de detenidos e iban señalando a cinco o seis (a veces más) compañeros que inmediatamente eran separados de su grupo y entregados a los que los señalaban, a los cuales esperaban parejas de la Guardia Civil en la entrada del Campo. No volvíamos a verlos y todos estábamos seguros de que, antes de llegar a sus pueblos, eran ejecutados por los Guardias Civiles.

Salí, pues, del campo de concentración a tiempo para subir al tren que me llevó hasta Orihuela. Allí pregunté a unos soldados dónde estaba la carretera que iba a Murcia, y me dirigí al lugar que me indicaron. Encontré otro grupo de militares al mando de un cabo y les pedí que parasen el primer camión que fuera en esa dirección para que me llevara. Así lo hicieron, pero el conductor me advirtió de que me dejaría en las puertas de Murcia porque tenían la orden de no llevar a nadie. Paró en las afueras, atravesé a pie toda la capital y, preguntando, llegué a la estación del ferrocarril, con tal suerte que estaba a punto de salir hacia Madrid un tren con refugiados de la capital de España, que el Gobierno de la República había evacuado al levante español para protegerles de los bombardeos que asolaban Madrid. Subí a uno de esos vagones plataforma (sin techo) atestado de gente, y me puse al lado de una señora muy mayor, apoyé la cabeza en sus piernas y cuando el tren se puso en marcha, hacia la una de la madrugada, me fui quedando dormido.

Cuando desperté era ya día y, según la señora, habíamos andado muy poco porque el tren, además de ir muy cargado, contaba con muchos vagones y, por ese motivo, avanzaba lentamente. La anciana compartió conmigo unas naranjas que llevaba y seguimos viajando todo el día y la noche siguiente, llegando a Madrid al amanecer. Ayudé a la señora a bajar su escaso equipaje y me creí obligado a llevárselo hasta su domicilio, que, afortunadamente, estaba muy cerca de la estación. Me dio cinco patacones de cobre diciéndome que sentía mucho no tener más dinero válido en la zona franquista, pero que esos cincuenta céntimos me alcanzarían para comprar pan y comer algo.

Me despedí agradeciéndole su buena intención y me dirigí a la Estación del Norte. Cuando llegué a ella me encontré con la desagradable noticia que de allí aún no salía ningún tren a causa de las minas que suponían había en la vía. Paré unos camiones militares preguntándoles adonde se dirigían. Me dijeron que iban hasta Segovia y que si era mi camino no tenían inconveniente en llevarme. Acepté su invitación y a las tres de la tarde llegamos a Segovia. Me enteré en la estación, de las salidas de trenes que podían convenirme y como hasta las seis de la tarde no había ninguno que me acercara a casa, me di una vuelta por la ciudad para ver el Acueducto y el Alcázar. Luego, volví al barrio de la Estación y me compré con los cincuenta céntimos un bollo de pan, pequeño, y me puse a comerlo sentado en el quicio de una puerta. En la casa de enfrente estaban asomadas en el balcón dos jovencitas que, al verme comer el pan tan ávidamente, me bajaron en un plato tres trozos esplendidos de cordero asado, diciéndome que tenían también un hermano en el ejército republicano y que no sabían nada de él. Me reconocieron por el uniforme, pues calzaba botas altas y vestía con pantalón bombacho y una chaqueta de punto de carabinero que me habían dado en Moncada, porque la unidad que pretendían formar allí con todos nosotros pertenecería al Cuerpo de Carabineros, cuerpo de élite en el Ejército Republicano.

A las seis en punto salió el tren y a las diez llegábamos a Valladolid. Media hora más tarde entró en la estación un largo tren que iba directamente a La Coruña. Iban abarrotados los pasillos, pero la suerte no me abandonó tampoco esta vez, porque, al verme, salieron de un departamento de tercera dos legionarios que me llamaron por mi apellido y me dijeron: Alvajar, aquí te hacemos un sitio, ven con nosotros. Eran dos jóvenes anarquistas coruñeses que, para salvar sus vidas, se habían alistado en la legión y que viajaban con permiso hacia La Coruña. Les expliqué que yo no tenía billete y que venía de un campo de concentración y me aseguraron que allí, en aquel departamento, no entraría nadie, que esa cuestión era cosa de ellos.

En efecto, cada vez que venía el revisor o la policía militar, que controlaba a los viajeros, se ponían los dos en la puerta, armando un escándalo y diciendo que estaban hartos de que los controlaran y que allí, en aquel departamento, no admitían ningún control, pues en él viajaban solamente soldados que volvían de una guerra que habían ganado y que lo único que querían era dormir.

A las once de la mañana llegamos a La Coruña y en la estación me despedí de los jóvenes libertarios que tanto me habían ayudado. Atravesé toda la ciudad, pues mi tío vivía, como queda dicho, en la calle de Orillamar y allí me esperaba la sorpresa de la llegada, desde Barcelona, de mi hermana María Teresa, que había quedado bloqueada en aquella ciudad cuando entraron los franquistas en ella.

A los pocos días de mi estancia en La Coruña, vinieron un par de policías que yo, en principio, creía que venían por mí, y la detuvieron a ella, bajo la sospecha de que fuera, en zona republicana, agente del SIM (Servicio de Investigación Militar). De nada valieron sus 16 años y sus protestas de inocencia, porque la metieron en la cárcel, teniendo que compartir celda con prostitutas, ya que no había separación como existía en los hombres, en los que a los políticos los tenían separados de los comunes.

La dejaron un día en libertad para que asistiera al entierro del tío Ramón que murió estando ella en la cárcel y, después del entierro, se la llevaron de nuevo a la cárcel.

Yo procuraba hacer una vida normal, sin bajar mucho al centro de La Coruña, hasta que una mañana, en plena Calle Real, me encontré cara a cara con Juanito Bello, cabo de la misma compañía que yo y el único que llevaba con el uniforme la camisa azul de la Falange. Nos preguntamos mutuamente qué hacíamos en La Coruña, y también nos contestamos mutuamente que estábamos con permiso. Yo le pregunté dónde estaba el regimiento para después del permiso reincorporarme a él; me lo dijo y nos despedimos yéndonos en direcciones opuestas. Este encuentro me hizo redoblar las precauciones, pero no me impidió que jugara con mi equipo, el Sporting Coruñés, el primer partido del campeonato de La Coruña de modestos, en el que le ganamos al Galicia Gaiteira por un gol a cero.

No tardó en llegar la orden de detención que me esperaba, pero otra vez la suerte quiso que me llegara un sábado a última hora de la mañana y cayese en manos de un amigo de mi padre y que éste decidiese no darle curso hasta el lunes siguiente, avisando a mi tío y dando, por lo tanto, tiempo a huír. Mi hermana Ana María, con la ayuda de la esposa de Don Antonio Mejuto, Doña Adela, y con la valiosa colaboración de Josefa Paz, que fuera mandadera de la cárcel, me encontraron una casa de labradores en la parroquia de Anceis y en ella me escondí el domingo a la tarde, no sin antes pedir a las vecinas del primero de nuestra casa, hijas de Blanco, secretario particular de Casares Quiroga, cuando supe que el mismo domingo viajaban a Valladolid, sede del Regimiento de San Quintín, al cual pertenecía nuestra unidad, que si pensaban poner un telegrama anunciándole a su madre que llegaran bien a dicha ciudad, lo hicieran dirigido a mi tío y firmado "Javier". Ya mi tío se encargaría de notificarlo a su madre. Esto lo hice para

despistar a la policía y hacerles creer que tenía la intención de presentarme en el cuartel de San Quintín. Nunca pude saber si lo hicieron.

Días después mi hermana me hizo llegar el Boletín Oficial en el que aparecía la orden de busca y captura contra mi persona, orden que, en lugar de hacerme desistir del trato que había hecho con Manuel Insua y Dolores Paz de hacerme pasar por sobrino de esta última, enfermo y necesitado de los aires del campo, me confirmó que habíamos acertado, pues en dicha orden sólo figuraban mi nombre, edad y profesión (estudiante) y añadían "cuyas señas personales se ignoran". Esta última frase me tranquilizaba mucho.

Cuando me acogí al indulto que concedió Franco al finalizar la Segunda Guerra Mundial, volví a ver a Juanito Bello quien me contó que cuando le dijera al teniente que mandaba nuestra compañía que me había visto y hablado en La Coruña, mandó formar a la Compañía para decirles a todos, soldados, clases y oficiales, que el primero que me viese me pegase dos tiros.

Empezó una nueva vida para mí en la clandestinidad, con viaje y estancia en Barcelona tres años, que terminó el 6 de abril de 1946, fecha en la que me presenté ante el Gobierno Militar de La Coruña para acogerme al indulto del 12 de septiembre de 1945.

#### NOTA IMPORTANTE:

Con esta nota quiero resaltar el comportamiento ejemplar del Dr. Antonio Martínez-Rumbo, destacado falangista, por el hecho de haberme presentado en su consulta, aquejado de un fuerte dolor de oídos, diciéndole quién era y en qué situación me encontraba (reclamado por una orden de busca y captura publicada en el Boletín Oficial) y no solamente me atendió, sino que envió a su enfermera a la Farmacia Morgade, que estaba en la casa que hace esquina a San Andrés y Juana de Vega, a buscar medicinas que él mismo pagó. Luego me dijo que esperara en una habitación lejos de la sala de espera a que terminara la consulta y que me marchara cuando mejor me pareciera sin olvidarme de dejar la puerta cerrada. Años después respondió de mi conducta de antes de la guerra e incluso me operó gratis de sinusitis y, para no ofenderme, me contó que, aquel mismo día, había operado a una persona "muy rica" a la que le había cobrado las dos operaciones.

Dejo constancia de este noble hecho para que conste que en Falange había caballeros y que, a pesar de las diferentes ideologías, a los coruñeses de aquellos tristes años, nos unía más que nada la amistad. □

*Burdeos. Desfile de las tropas que liberaron Pointe-de-Grave, en abril de 1945. Las banderas son la española republicana y la vasca.*

